

Misa de exequias del P. Horacio Sosa Carbó  
Viernes 21 diciembre 2007  
Iglesia de Dios Padre – Nuevo Schoenstatt  
**HOMILIA DEL P. JUAN PABLO CATOGGIO**

Queridos hermanos:

Ante todo quisiera saludar a todos los que han venido hasta aquí y tener también presente a todos los que no han podido llegar.

De los Padres, salvo dos excepciones, todos pudieron llegar. Nos alegramos de que Monseñor Claudio Giménez haya podido dejar también por este día sus tareas de Obispo en Caacupé para acompañar a su hermano de curso, nuestro P. Horacio.

Nos acompañan muchos desde lejos también. Celebran una misa en este momento en La Loma en Paraná; están celebrando misa en el Santuario de Tucumán a esta misma hora; en Alemania, el Instituto de las Familias se reúne en la tumba del Padre, también a esta hora, para acompañar también este momento. Para acompañar esta despedida tan especial, tan inesperada, para acompañar a Rosa María, justamente también ahora, para acompañarnos a todos nosotros.

Cuesta despedir a una persona, más aún a una persona como el Padre Horacio cuando se nos va repentinamente, seguramente en el momento más pleno de su vida y de su sacerdocio. Cuando se sentía como en el mejor momento para realizar muchas cosas que él siempre anheló; feliz de trabajar por el Instituto de las Familias, una creación, un invento tan querido y especial del Padre Fundador; feliz de poder dedicar más tiempo – al menos lo pedía, no sé si lo pudo hacer demasiado – a reflexionar, a escribir, a volcar en la palabra, de la que fue siempre un maestro tan especial, pero, no sólo de la palabra hablada, sino también él quería, era su anhelo, la palabra escrita. Desde hace más de un año, venía soñando con un libro. En algún apunte dice que va a comenzar a escribir aproximadamente por septiembre, vamos a ver si encontramos alguna pista de ello.

El tema, en todo caso, nos lo dice todo. Era un libro sobre Dios. De Dios quería hablar, de Dios habló su vida y toda su vida, del Dios que es Amor, del Dios Padre, del Dios Misericordia y de lo que nos toca, por lo tanto, a nosotros en suerte, como sus muy queridos hijos.

Estaba en un momento de madurez, de fecundidad cuando el Señor quizás ya lo consideró fruto maduro y lo cosechó para su cielo.

Muchos se acercaron ayer, hoy, para despedir a “mi Padre”, así decían, para despedir a aquel que me escuchó tanto, aquel que lleva consigo mis confidencias y mis secretos, aquel que con su mano, con su sonrisa, con su mirada, nos recibió, nos acogió, nos escuchó, nos “bancó”, nos transformó, nos alentó, nos levantó....

Experiencias que marcaron las vidas de muchos, seguramente aquí presentes y de muchos que no están aquí y, experiencias que también marcaron profundamente al mismo Padre Horacio.

El se admiraba creo, con una especie de admiración, de sorpresa, de incompreensión de lo que Dios hacía, y, particularmente de lo que Dios hacía en él, y de lo que hacía a través de él. Escribe en un momento: “Padre Nuestro que estás en el cielo, pero Padre Nuestro que estás en nosotros y debo decir más, Padre Mío que estás en mí, Padre Mío que estás en mí...”.

Así lo experimentó y sentía que su vida no era otra cosa sino el poder regalar esa experiencia, regalar todo aquello que nos da la certeza absoluta del amor de Dios.

La certeza de sabernos hijos de un Padre maravilloso. Y todos los frutos que esto trae: de seguridad, de libertad, de alegría, de paz, de optimismo, de victoriosidad. De esa conciencia, o de

todo lo que nace de esa profunda conciencia de ser amados, algo que él no se cansó de decirnos en palabras, en gestos, en toda su vida.

Su vida fue una entrega total a ese mensaje del amor misericordioso del Padre y de la gran libertad, alegría, paz y victoriosidad que regala el sabernos profundamente sus hijos.

Muchos, todos seguramente acá, le habrán escuchado tantas veces hablar de la “filialidad”, Su gran mensaje, su gran tema. Lo hablaba de todas las formas posibles, con todas las palabras, con todos los colores, con todos los ejemplos.

Siempre insistía en la palabrita griega “philos”- se lo habrán escuchado muchas veces - e insistía en esta palabra “filialidad” que no aparece en los diccionarios de la Real Academia, donde sólo se habla de filiación pero no de filialidad.

Anécdotas que él nos fue dejando a lo largo de su vida.

Pero ¿por qué pudo hablarnos y no pudo sino hablarnos de esa manera? Porque fue su vida, porque es la experiencia de la que él mismo vivió y la que él aprendió.

No le fue simplemente dada como un regalo sin más, sino como una experiencia que él tuvo que ir ganando y conquistando en su propia vida.

Cuando lo leemos, lo escuchamos en una de las tantas y cientos de charlas que él ha dado sobre la “filialidad” en todo lugar, en todo tipo de encuentros; cuando hablaba de filialidad, la filialidad heroica, de esa filialidad que vence nuestro miedo, nuestra inseguridad, nuestro perfeccionismo obsesivo, nuestro nerviosismo, nuestros temores. En realidad, tal vez, muchos podrían saberlo o muchos podrían imaginarlo pero era el testimonio de su propia vida. De la experiencia de lo que es ser profundamente hijo también transformó su vida, la fue transformando en una tarea constante de la gracia y en un esfuerzo constante de él.

Él era ese perfeccionista y obsesivo aunque le costaba aceptar que las cosas no fueran perfectas o no le salieran perfectas, que tenía que abandonarse en que no fueran así. Le salían mucho mejor de lo que él pensaba, con absoluta certeza, pero tenía que hacer esa experiencia de que es Dios, es Él el que está en nuestra historia.

Una palabra que él usaba mucho: entusiasmo, optimismo y felicidad; y a lo largo de este año insistía mucho en esa sonrisa que daba confianza, en esa sonrisa serena de la libertad interior, de estar libre y que también es fruto de esa confianza del niño, del hijo; una libertad que también para él fue un regalo de la Mater y muchas veces también un trabajo interior.

Sabía lo mucho que costaba, sabía lo que costaba aprender esta confianza filial, heroica, esta confianza serena, esta libertad interior. El sabía que es un regalo de la gracia y que justamente nos regala María por el amor y el vínculo a ella, pero que también es tarea de la vida en él.

Una palabra que él utilizaba mucho cuando hablaba del educar orgánico era la palabrita “paradoja”. Hasta en alguno de los títulos de sus libros se encuentran esas paradojas que tanto le gustaban. Y en una anotación reciente, de unos meses atrás, que son escuetas, siempre dice: Gracias, gracias, gracias; todos los días agradece cuando apenas escribe unas líneas, siempre agradeciendo. Y cosas muy concretas desde que pudo cambiar el celular, que le funcionó el mail o una carta, o una confesión que tuvo y dice:

“Gracias, gracias por las paradojas del corazón, gracias por las paradojas del corazón”.

Esas paradojas que él mismo vivió tan fuertemente adentro de su corazón y en su vida.

Y por eso, una persona tan especial, paradójica en sí, casi misteriosa; con transparencias y al mismo tiempo con distintos rostros, ese “Padre” que se daba hacia fuera, tan lleno de

misericordia, de comprensión, de perdón; con una sabiduría humana y con una capacidad de comprensión infinita, extraordinaria para acoger a tantas personas, para comprenderlas, contenerlas. Él hablaba de esa tarea de contener, como padre y madre contienen a sus hijos queridos.

Y al mismo tiempo el “profeta”: crítico, agudo, provocador.

No eran contradicciones en absoluto en él, ni siquiera una tensión muy grande, porque estaba convencido de que la certeza del amor de Dios y el mensaje de la filialidad eran precisamente la profecía más provocadora de nuestro Padre Fundador. Que allí también estaba todo el potencial de cambio, de transformación de la realidad y del mundo.

Y por eso, ese horizonte que hoy en día encontramos profético, siempre era como un aguijón para el Padre Horacio que constantemente soñaba ¿cuál es el Schoenstatt del Padre? ¿Cuál es el Schoenstatt que queremos? Preocupado siempre de que no limásemos demasiado esa punta profética de su mensaje.

Desde chico, cuando en el colegio todavía, uno de sus profesores nombró un libro de Unamuno que estaba prohibido por el Index de aquella época. Naturalmente, lo primero que hizo esa misma tarde fue ir a la biblioteca y pedir el libro y no durmió en toda la noche hasta leerlo entero.

Era tímido, inseguro y al mismo tiempo un trasgresor, como un niño. Le gustaba. Por eso también, esa punta profética lo aguijoneaba a él y él nos aguijoneaba a todos nosotros para ser fieles a esa profecía del Padre.

Un gigante hijo del profeta. Junto a esta pasión y lucidez del profeta y junto a esa misericordia de padre, esta dimensión reflejaba una tensión agónica en él y en su interior aún más profunda, seguramente, y radical, y era esta la grandeza que Dios le dio de cabeza y corazón. No es fácil tener una gran cabeza y al mismo tiempo un gran corazón. Esta tensión fuerte es la que él vivía, sin duda.

La genialidad de su sabiduría, de su inteligencia, aguda, picante, especulativa por un lado y al mismo tiempo práctica por el otro.

De espíritu crítico y al mismo tiempo casi ingenuamente crédulo.

Muy crítico para todas las cosas que eran extraordinarias y demás, y por otro lado, siempre fascinado por todas esas cosas. Así era con él.

Con esa agudeza y al mismo tiempo con una riqueza de corazón y con una búsqueda no sólo de la verdad, sino una búsqueda, tan profunda como la de la verdad, en la búsqueda del amor. La Palabra era la Palabra de Jesús.

Este Evangelio que para él era como una profecía, también cuestionador, un Evangelio siempre exigente, pero al mismo tiempo un Evangelio lleno de misericordia.

Así era también para él la palabra del Padre. En el encuentro personal que tuvo con el Padre Fundador, el gesto que él quiso guardar como recuerdo fue llevar su Biblia, la Biblia de Jerusalén, y le pidió al Padre que la firme arriba. La palabra del Padre y la palabra de Dios eran para él una misma palabra, comprometedora de su vocación. Y él supo ser un maestro de esa palabra y experimentar por sobre todo la “fuerza” de esa palabra.

Como era tan brillante y especulativo, hablaba de esa “fuerza transformativa” de la Palabra; que la Palabra es capaz de crear; que la Palabra es capaz de “transformar”, que la Palabra no es simplemente sonido que sale de la boca, sino que es la Palabra que “cambia”, cambia la vida; y escribe en una oportunidad, después de un encuentro:

“Ha tocado en mí, como vemos que su palabra actuaba, dice ¡Impresionante! esa fuerza a veces de la Palabra, cuando literalmente es pronunciada desde la misericordia y desde la lucidez. Porque un gran corazón y una gran cabeza no eran simplemente decir palabras bonitas sino palabras lúcidas, inteligente, pero al mismo tiempo desde la misericordia, desde el corazón, porque la verdad si no va acompañada del amor no hay verdad.

Así vivía el Padre Horacio, y lo sentía, sin duda, con todo su ser. Estábamos acostumbrados en Schoenstatt a tener esa conciencia fuerte de misión. En él, no sé si era la palabra tan común en su boca, pero es impresionante lo que en su mundo interior estaba esa conciencia tan fuerte de misión.

A comienzos del año 2006 escribe en su momento: “Esta es mi tarea ideal: Amarla a Ella, amarla a María ardientemente hasta la muerte, iluminando las inteligencias con la luz de la verdad e incendiando los corazones en el fuego de su amor. Ayudando a vivir, estimulando a vivir intensamente, profundamente”. Y agrega luego: “Benevolencia a Aquella que hace crecer en la fuerza del amor del Padre Misericordioso y Sabio”.

Lo dice también en otro momento al comienzo de diciembre del año pasado (2006), hace un año atrás apenas dice: “Ahora voy a dedicar más tiempo a mi vida, a realizar mi misión personal, iluminar la inteligencia con la luz de la Verdad y a encender los corazones con el fuego del Amor”.

Esta tensión entre este hombre inquieto por la verdad y por el amor, esta búsqueda de verdad y de amor que no es otra que la búsqueda de uno, del mismo, mismísimo Dios. Fue esta tensión la que lo mantuvo constantemente, interiormente en movimiento, que lo hizo sentirse “muy Padre”, por la fuerza de la gracia, en ese Padre nuestro, él y nosotros, pero profundamente hijo, acogido por la Mater y en los brazos del Padre. Y por eso sintió muy fuerte esa experiencia del Espíritu, siendo partícipe de la fuerza de Cristo resucitado.

Y para él, todo el tema de su salud y de la muerte lo ocupó al menos en los dos últimos años - mucho más de lo que parecía. Tal vez a alguno se lo ha confidenciado un poco más en una larga meditación, en el verano del 2006, hace 2 años atrás. Y luego va prediciendo constantemente. Dice por ahí en febrero del 2006 que “le agradece a Dios haberle revelado esto, haber podido hacer un clic y haber podido vencer sus miedos”. Sabemos que estas cosas no se dan de un momento al otro y que son caminos a recorrer por dentro una y otra vez.

Pero él estaba interiormente preparado – y no sabemos desde cuando - pero, con seguridad, ya detectaba algunos signos que nos ocultó, en realidad hasta ahora, de su progresiva enfermedad y que no dijo ni al médico ni dijo a nadie. Era consciente de lo que le estaba pasando, con seguridad, y consciente de lo que esto iba a significar para él, pero la consigna era jugar hasta el final.

Escribe en este año una cita y él la comenta, creo que es de un libro de Churchill: “La vida es un juego y que no importa ganar o perder” y él anota al lado: “la cosa es jugar, ponerse en juego, jugarse, jugarse la vida”.

Cuando regresó de uno de sus viajes de EEUU, a fines de julio, el P. Pablo (Mullín), su rector, le mandó un mensajito. Él siempre cuando partía o llegaba le mandaba mensajitos a todo el mundo. El P. Pablo le respondió “bienvenido a casa”, y él anotó: “De vuelta de EEUU, bienvenido a casa. Mensaje de texto del P. Pablo. Y pensante: “Estoy volviendo a casa muchas veces últimamente. ¿Será preparación?”.

“Las idas a Paraná me gustan, también porque me hacen revivir esto, aunque físicamente es la casa Nº 5. No ser trágico en la vida, ver siempre lo mejor y lo positivo. No quedarme pegado en lo nostálgico, triste, también es real pero no lo pongo en el centro. Practico esto cada vez que sea necesario, es un propósito muy bueno. Lo que siempre es importante: creer en la victoria final. Voy a vivir hasta que Dios quiera”.

Un mes antes ya había puesto también, estando en Paraná en junio: “Cuando Él quiera, ME VOY. Mientras tanto, misión, fuerza y confianza”.

Con esta actitud de jugar el partido hasta el final, en su ley, como dijo su médico, murió él con las botas puestas, jugando el partido hasta el final.

Con esta tensión tan grande, sabiendo de la pequeñez de todos nosotros que él sentía suya, y, él sentía la de todos como suya y la suya como de todos, pero sabía de ese poder victorioso del amor y de la misericordia.

Ésta es quizás su última anotación:

“Gracias Padre, a pesar de todos mis fracasos en todos los órdenes, sé que tu amor hacia mí es imperturbable. Esto me da alegría y entusiasmo. En el fondo “todo sale bien, pase lo que pase”. Gracias por poder creer esto. Alabanza y gloria a Ti eternamente”.